

## PROHIBIDO MORIRSE EN LAS FINALES...



Un teléfono que suena y suena, sin parar. Monótono. Monocorde. Molesto. Hasta en ese espacio de silencio que media, entre un sonido de llamada y el próximo, irrita. Y mucho.

- *“¡Que se dejen de joder! ¡Que no rompan las pelotas ahora...!”*



- *{¡El país está de fiesta, señores! ¡El país se pone de pie para enfrentar a su tradicional rival! ¡El estadio todo, es una fiesta! ¡Llueven papelitos, explotan petardos, saltan las tribunas! ¡Los cánticos me ponen la piel de gallina! ¡Por favor, por favor...! ¡Como canta el corazón de todos, señoras y señores! ¡Es un espectáculo “im – pre – sio – nan – te... “!} - grita con mucho*

énfasis, mientras desgañita su garganta el locutor radial, reflejando la emoción intensa que los embarga a todos.

Final electrizante de mundial de fútbol. El fútbol logra maravillar, asombrar, deslumbrar. El fútbol la enardece, la apasiona, la tensa a esa inmensa multitud, sedienta de emociones fuertes. Y el encuentro se produce en esa tarde envuelta en una llovizna gris.

Se equivoca aquel que cree, que solo es un partido más. Porque más que un partido, es un jugarse la vida de un país entero, entregado a ese sinnúmero de intereses y pasiones que rodean al fútbol. Con ese encanto inenarrable que les produce el olvidarse de todo, el no pensar en otra cosa, mientras el partido dura. Fútbol, como un circo romano que divierte a multitudes, es la válvula de escape de emociones, frustraciones y fracasos...

Tarde de llovizna fina, etérea como un velo apenas perceptible, en ese jueves de junio empecinado en demostrar su frío y donde el sol, tan solo es un recuerdo. El medio asueto que desde el gobierno se obsequio, es retribuido con calles y avenidas bien vacías, con televisores y radios encendidos en un coro de ecos, que reverberan al unísono. Y con el estadio principal de la ciudad, lleno, atiborrado, colmado por más de ochenta mil personas que por momentos gritan y por momentos, enmudecen.

La ceremonia previa al inicio de la final del Campeonato Mundial de Fútbol, puso su cuota de emoción, de patriotismo, de transitoria y pasajera unidad de una nación. Tres ruidosas bandas musicales al unísono, un multicolor desfile de banderas, una suelta de globos que se escapan hacia el cielo, errando en las alturas según lo quiera el viento y una suelta de palomas, que vuelan asustadas de ver tantos humanos juntos. Y la multitud que ruge, grita, se emociona, salta, salta y salta... Y tiembla todo, en un terremoto humano, hasta en tres

cuadras a la redonda de la cancha.

Al Himno Nacional se lo cantó muy fuerte, parido desde el mismo corazón de la vociferante tribuna local enardecida. Igual, demasiado igual, al sentimiento y al fervor con que se lo silbó despectivamente, desde la minoritaria tribuna visitante. La declaración de guerra entre los dos países, virtual y en miniatura, había sido proclamada.

Un teléfono que suena y suena, sin parar. Monótono. Monocorde. Molesto. Hasta en ese espacio de silencio que media, entre un sonido de llamada y el próximo, irrita. Y mucho.

- *¡Que se dejen de joder! ¡Que no rompan las pelotas ahora...!*
- *{El toque corto es para Oberman. Gana la pelota Espector. De cabeza la cruza para Paletta. Chocan Arniel y Espector y la pelota se va por la línea de fondo... ¡bajemos la pelota, muchachos! ¡Si lo hacemos, va a ser todo un placer...!}* - trueno el veterano speaker, en las radios encendidas a todo volumen.

Comienza el segundo tiempo. En el entretiempo, comentan que cayó en forma dramática la presión del agua potable en las cañerías de la enorme metrópoli. La ciudad entera se volcó en masa y al unísono, apenas terminó el primer tiempo, a usar los baños de sus casas. Y el flujo para llenar los depósitos de agua de los inodoros, se vio sobrepasado.

El equipo local va ganando por un gol. Pero su rival, estrella la pelota contra el poste, en dos oportunidades, logrando que el riesgo del empate sobrevuele al país, como un fantasma terrible y peligroso.

Por momentos, llueve. De arriba para abajo y de costado, llueve. Por momentos. Hace frío. Las calles están muy vacías. Solo quedan los cuerpos huecos de una ciudad fantasma. Solo algunos restos humanos se pasean por las calles. Las calles del país desiertas y la gente, concentrada dentro de los bares, mirando hipnotizada, catatónica, el partido por televisión. En el estadio repleto, hasta los silencios expresan emociones. Sonidos diferentes, silencios increíbles, silencios de ansiedad, inequívocas señales del interés inusitado de la gente. El país detenido y latiendo con furia, enganchado e inmóvil.

Un teléfono que suena y suena, sin parar. Monótono. Monocorde. Molesto. Hasta en ese espacio de silencio que media, entre un sonido de llamada y el próximo, irrita. Y mucho.

- *¡Que se dejen de joder! ¡Que no rompan las pelotas ahora...!*
- *{El tiro de esquina viene. Salta la defensa. A la desesperada. Se escapa Gador. Se mantiene firme la línea de cuatro. Gador en media cancha. Gambetea uno. Buen amage. Gambetea dos... Final. Final, final, final. Pita el árbitro... ¡GANAMOS, SOMOS CAMPEONES! ¡SI SEÑORES, SOMOS CAMPEONES! ¡CAMPEONES, CAMPEONES, CAMPEONES...!}* - el locutor vocifera a cuatro vientos, la victoria de la selección nacional...

Desde las ventanas de los edificios se lanzan toneladas de papel picado y flamean orgullosas las banderas. La lluvia retrocedió espantada, o cambió sus acuosas gotas por los blancos papelitos. Después de la victoria, la gente festeja con ruidos y con gritos, en las

plazas principales, de todas las ciudades del país. Y resulta muy curioso ver a toda esa marea de gente que sale, que se catapulta hacia las calles, de golpe, una vez que se supo quien era el ganador. Gritos. Cornetas. Petardos. Explosiones. Bocinas. Y más gritos. Autos que pasan. Gente. Más gente. Y más bocinas. Y todo, que recién comienza.

Un teléfono que suena. Monótono. Monocorde. Molesto. Pero ahora si, ahora lo atienden. El partido, ya finalizó.

- *Guardia de Emergencias, Buenas tardes* - contesta una operadora
- *¡Por Dios, mi madre se muere! ¡Hace más de media hora que estoy llamando...! ¡Por favor, necesito una ambulancia...!* - implora una voz de mujer, desesperada.
- *Bueno, bueno. Tranquilícese. Cuénteme ¿qué es lo que le pasa...?* - responde otra vez la operadora, desgranando el interrogatorio de rutina que tiene aprendido de memoria.
- *¡Se ahoga, mi madre se ahoga! ¡Ella sufre del corazón! Le dolía mucho el pecho, antes... Respiraba mal... pero, por Dios, se me muere... se me esta ahogando... yo le hice respiración en la boca... y ya casi, ni respira. ¡Por Dios, que venga alguien...! ¡Hace más de media hora que estoy llamando...! ¡Por favor, necesito una ambulancia...!*

Código Rojo. En prioridad de emergencia. Ambulancia. Sirena. Ahora si que corren y se apuran. Pero las calles, se bloquean con personas y con autos. Los bocinazos, tapan la sirena. La gente, salta muy alegre, eufórica en las calles. La alegría, lo invade todo. Nadie avanza y todos, saltan y saltan. La ambulancia intenta abrirse paso. Pero solo avanza treinta metros en diez minutos. Todo es alegría y pareciese que no importa que haya alguien que para siempre, dejó de respirar y que no interese demasiado que dos ojos de una hija, comenzaron a llorar desesperados. ¿Acaso estará prohibido enfermarse en las finales del mundial de fútbol? Esa hija y esa madre... no lo sabían.

- *{¡Qué final más feliz, señores! ¡Por fin, campeones! ¡Otra vez campeones! ¡Qué lindo que fue terminar así! Un final feliz, como más le gusta a la gente. Nadie esta triste hoy. Todo es alegría. ¡Ojalá que todas las historias tuviesen un final tan feliz, tan hermoso como este...!}* - se seguía escuchando vociferar al enfervorecido locutor, en todas las radios que aun permanecían encendidas...

